

José Nicolás Gualteros Trujillo*

VIDA COTIDIANA Y MUNDO URBANO: PAUTAS PARA NUEVAS RELACIONES**

El ser se crea creando.

Jézabelle Ekambi-Schmidt

TENIENDO EN CUENTA las limitaciones de este ensayo, se reflexionará inicialmente en torno a la noción de *espacio*, ejercicio preliminar que será de utilidad para abordar en su justa complejidad la manera en que la vida cotidiana configura y hace posible lo que usualmente denominamos *lo urbano*.

DEL ESPACIO EUCLIDIANO AL ESPACIO VIVENCIAL

En general, cuando se reflexiona en torno a lo que significa el espacio, se piensa “en el espacio matemático, en el espacio susceptible de ser medido en sus tres dimensiones, en metros y centímetros; así es como lo hemos conocido en el colegio y como tenemos que planteárnoslo como base cuando en la vida práctica queremos emplear relaciones espaciales medibles” (Bollnow, 1969: 23). El espacio suele ser asumido como el lugar ocupado por un cuerpo, consideración que establece, por

* Docente de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, Colombia.

** Este trabajo fue insumo para el artículo “La ciudad creada: algunas pautas para definir el sentido de pertenencia a Bogotá en la actualidad”, publicado en Gualteros Trujillo (2006).

extensión, una relación entre los objetos y el espacio en términos de contenido-continente.

Esta forma de pensar el espacio se utiliza para caracterizar la relación sujeto-espacio: las personas se encuentran en el espacio y están en relación con él, en tanto se encuentren dentro de una extensión geográfica y geométrica. Las personas se relacionan con el espacio en tanto lo ocupen, ejercicio que a su vez suele ser comprendido como *habitar*. La relación que el sujeto establece con la ciudad, con su casa, con su habitación y con su mismo cuerpo tiende a expresarse a través de habitar la ciudad, habitar la casa, habitar su territorio; alusión a un sujeto que se encuentra “dentro de”.

Sin embargo, esta forma de aproximación no resulta suficiente para expresar la complejidad de la relación de las personas con el espacio, ni mucho menos la relación entre la ciudad y sus habitantes. La relación sujeto-espacio, que de ahora en adelante será comprendida en términos de espacialidad humana (utilizando con ello la expresión de Otto Bollnow) parece ir más allá de un encontrarse “dentro de”. De igual manera, la relación entre la ciudad y sus habitantes, que podría expresarse a través de la emergencia y consolidación de un mundo urbano, no puede ser reducida a ocupar o llenar una extensión geométrica y geográfica, conocida como ciudad.

Inicialmente, es necesario señalar que la espacialidad humana es una condición constitutiva de la existencia humana (Ekambi-Schmidt, 1974: 38). El espacio es la manifestación del mundo de vida, de la subjetividad, de los diferentes conflictos y vivencias de todos aquellos quienes habitan *en* la ciudad. El ejercicio cotidiano de recorrer la ciudad, nombrarla y darle un significado, supone, por un lado, la creación de espacios de encuentro en los que se intercambien sentidos de realidad; y, por otro, la creación de espacios a través de los cuales las personas desplieguen sus intereses, sus pasiones, sus deseos. Es por ello que la espacialidad humana hace referencia a un ejercicio creativo y por tanto constructivo, a partir del cual el sujeto se torna posible, objetivándose a través de sus propias creaciones espaciales. El sujeto crea tantos espacios como sus necesidades vivenciales se lo demanden; espacios que no se limitan a un ejercicio arquitectónico, centrado en el levantamiento de estructuras materiales, formas de concreto.

Algunas de las formas que puede tomar la espacialización de los mundos de vida pueden ser las artes en general, como la literatura, la pintura, la música y la misma arquitectura. Sin embargo, la espacialización no se agota en la creación de espacios surgidos de procesos artísticos, que pueden demandar conocimientos técnicos y preparación académica específica. La espacialización, que alude a las diferentes estrategias por las cuales el sujeto expresa y exterioriza su mundo de

vida, creando espacios acordes a sus vivencias subjetivas, posibilita la emergencia de espacios difícilmente medibles o cuantificables.

Por ejemplo, el espacio del cocinero no sólo es la cocina, sino más bien lo que cocina y a quién le cocina, mezclando ingredientes como sólo él sabe hacerlo; el cocinero encontrará su espacio no sólo en la cocina, pues esta no deja de ser un artefacto estructural que media en el despliegue de su espacio, de su ejercicio creativo. Tal como lo señala Cuervo (2003: 15), “el espacio vivencial objetivo se puede definir entonces como creación (producción social e individual) de un ámbito (envoltura o continente) finito que permite el despliegue de la iniciativa humana”. Se hace referencia a espacios que no pueden ser descriptos únicamente a partir de la dimensionalidad propia del espacio euclidiano-matemático. Difícil resulta medir, por ejemplo, los mundos posibles que acontecen en la red de bibliotecas creadas por el gobierno distrital de Bogotá, los deseos de romper un récord olímpico mientras se entrena en el nuevo complejo acuático del Salitre, o los encuentros que suceden en la vida cotidiana a partir de los cuales emergen los lugares; el lugar surge con la presencia del otro, el otro es el lugar. Habrá que recordar a Rilke: “*Nur wo du bist, entsteht ein Ort*”: “Sólo dónde tú estás nace un lugar”¹.

La relación sujeto-espacio se puede dejar planteada a partir de tres ideas fundamentales:

- La relación que el sujeto establece con el espacio no puede reducirse a términos de continente-contenido; el espacio no es externo al sujeto.
- La creación de espacios no alude exclusivamente a la tarea de diseño arquitectónico.
- Es a partir de la creación de espacios que se exterioriza el mundo de vida: vivencias, sentidos de realidad, significados construidos con otros.

LAS CIUDADES URBANAS

La mayoría de las oportunidades en las que se intenta definir lo urbano se hace referencia a aquello que le debe ser propio a la ciudad; una ciudad construida y planeada siguiendo unos parámetros transculturales

¹ Traducción libre que Rainer Maria Rilke realiza de los sonetos de la poetisa inglesa Elisabeth Barrett-Browning (1806-1861). El verso corresponde a la última estrofa del soneto VII. En referencia a tal verso, el psiquiatra chileno Otto Dorr-Zegers (2005: 4) anotará: “Aquí, no sólo no hay desplazamiento del otro, sino creación de un espacio nuevo (para mí) justamente allí donde tú estás. Aquí no hay pérdida de tu espacio vital, por mí o, a la inversa, del mío por ti”.

y transnacionales, haciendo de ella un paradigma ejecutado y concretado –en tanto forma de concreto– de la modernidad y un elemento de diálogo con la globalización, con evidentes pretensiones homogeneizadoras en lo estético, lo funcional y lo cultural. Muchas veces, lo urbano está asociado con las formas ideales de estructurar un espacio-ciudad que ha de crear, provocar e institucionalizar un *deber ser* del habitante de la ciudad, la capacidad de compartir una vida urbana.

El poder económico adquiere un papel fundamental en tanto fuerza configuradora y creadora de ciudades y ciudadanías. Por ello, los nuevos sistemas de mercado mundial establecen retos a las ciudades contemporáneas, haciendo necesario crear políticas públicas que posibiliten su adaptación a los nuevos escenarios de mercado mundial. Estas no sólo cumplirán un papel determinante como constructoras de ciudad sino igualmente de ciudadanías, proponiendo formas reguladas de participación, mecanismo de encuentros objetivados en el espacio público y condiciones estructurales creadoras de ciudadanos transnacionales, en tanto se cuente con la posibilidad de estar conectado a redes globales de información.

Se puede destacar, por ejemplo, la Ley 9 de 1989 (Ley de Reforma Urbana derivada del Plan de Economía Social adoptado por el gobierno presidencial de Virgilio Barco), la cual estuvo focalizada, primero, en la creación de normas para regular el uso del suelo urbano y el crecimiento de las ciudades, estableciendo mecanismos que favorecieran la expropiación de terrenos si estos fueran necesarios para el desarrollo del municipio; segundo, en la planificación del desarrollo y el ordenamiento urbano, redefiniendo la noción de espacio público; y, tercero, en recobrar y conservar los bienes patrimoniales, lo que se vio reflejado en intervenciones interesadas en la recuperación del centro histórico de Bogotá (Alonso, 1999: 174). Por otro lado, la política urbana adoptada por el gobierno de Ernesto Samper en el año 1995, denominada “Ciudades y ciudadanía. La política urbana del salto social”, por la que se propuso “formar un ciudadano colombiano: más productivo en lo económico; más solidario en lo social; más participativo y tolerante en lo político; más respetuoso de los derechos humanos y, por tanto, más pacífico en sus relaciones con sus semejantes; más consciente del valor de la naturaleza y, por tanto, orgulloso de ser colombiano” (Ministerio de Desarrollo Económico de la República de Colombia, 1996: 25). A nivel local, el Plan de Desarrollo adoptado por el alcalde de Bogotá Luis Eduardo Garzón, “Bogotá sin indiferencia. Un compromiso social contra la pobreza y la exclusión. Plan de Desarrollo Económico, Social y de Obras Públicas para Bogotá D.C. 2004-2008”, tiene algunos puntos en común con esa noción de *lo urbano*. El Plan se encuentra estructurado alrededor de tres ejes particulares: *el social*,

el urbano regional y la reconciliación. El eje urbano regional, que es el que aquí interesa, tiene como objetivo “atender asuntos relacionados con tres campos: ordenamiento, región y competitividad. Constituye, a nuestro entender, una parte fundamental en la construcción de una ciudad moderna y humana regida por el principio de solidaridad y de la superación de las desigualdades excluyentes, las cuales también tienen su expresión en el territorio” (Alcaldía Mayor de Bogotá, 2004: 23). De nuevo, se tiene un problema urbano que es planteado en términos de infraestructura, equipamiento urbano y producción. Tal como no lo recuerda Ciccolella:

La ciudad como ámbito vivencial, de encuentro, de sociabilidad, de articulación popular y solidaria cede espacio a la valorización capitalista, al espacio imperial del capital, a la lógica territorial de la economía global, al avance sobre el espacio popular (Ciccolella, 2004).

Para articularse a los circuitos globales, las políticas urbanas promueven transformaciones que posibiliten la libertad en el flujo de “mercancías, personas, capitales e información, entre ciudades que se integran a sistemas urbanos transnacionales de diferente orden o jerarquía” (Falú y Marengo, 2004: 214). La valoración que se produce de estas transformaciones tiende a ser altamente positiva; por un lado, el capital privado ve en ellas la posibilidad de aumentar la rentabilidad de sus inversiones; y, por otro, las elites económicas y sociales las asumen como la posibilidad de embellecimiento de la ciudad.

Si bien las lógicas económicas que hay detrás de estas transformaciones estructurales generan exclusión social, marginalización, desigualdad, pauperización del trabajo y precariedad de aquellos que no logran integrarse a estas redes globales de mercado (Veiga, 2005), resulta importante destacar el desvanecimiento de la experiencia colectiva de habitar en la ciudad. En un proceso paralelo a la transformación estructural de la ciudad, se presenta una transformación del tejido-humano, privilegiándose la experiencia individual de andar y recorrer la ciudad.

Se reconocen las ventajas de movilización que permiten los nuevos sistemas de transporte, mas no interesa en qué se invierten los minutos economizados. Se recuperan los andenes, se transforman los parques, se crean bibliotecas –todos considerados bajo la idea de nuevos lugares de encuentro– pero no parecen importar las nuevas formas de encuentro que estos lugares puedan sugerir. *¿Estarán emergiendo nuevos lugares sin nuevas posibilidades de encontrarse?* El problema no resultan ser las horas que sobran; el problema es con qué llenarlas. Muy seguramente se tornan en espacios cedidos a la competitividad deman-

dada por los mercados transnacionales, y con ello las políticas urbanas habrán alcanzado su objetivo. La eficacia permitida por los nuevos flujos no supone eficiencia para estar más pronto en casa y seguir con la lectura de tal o cual libro, para ir al cine, o para que la pareja no se torne un espacio trasnochado, cansado; para encontrarse con la familia, con los otros. Esto no significa que las ciudades no deban generar procesos transformadores que les permitan su integración a las nuevas economías de orden global. Incluso una cultura global –noción que supone trascender las redes de mercado– resulta pertinente, en tanto “vivir la dialéctica local-global es indispensable para no convertirnos en un ser marginal; asumir a la vez las identidades de proximidad y las relaciones virtuales es darse los medios para ejercer la ciudadanía y para interpretar el mundo, para no perderse. Y conocer a los demás a través de la proximidad virtual puede ser una contribución decisiva para aceptar y entender a los demás, vecinos físicos pero no desconocidos culturales. La cultura global debería de desterrar la xenofobia local” (Borja, 2002).

El interrogante se genera ante la dificultad que tienen muchos habitantes de las ciudades para reconocer en estas innovaciones como posibilidades de generar procesos creativos y transformadores. Las nuevas estructuras surgidas a partir de los proyectos de renovación urbana se constituyen en algo externo al sujeto, algo que no es construido por él, pero que cumple la función de describirlo (de nuevo relación contenido-contenido). Se da cuenta del sujeto, o mejor, de su subjetividad, a través de lo que es externo a ella, por lo que se encuentra fuera de su mundo de vida, de su experiencia de habitar. Tal es la potencia de estas exterioridades, que el mismo sujeto recurre a ellas como estrategia para nombrarse a sí mismo: su relación con la ciudad se hace posible a partir de los nuevos sistemas de transporte, de las nuevas vías de circulación, de los nuevos centros productivos y financieros.

Se tiende a construir una forma estereotipada de relación con la ciudad, que adquiere el estatus de paradigma y por tanto de deber ser, que hace necesario involucrar lo que Augé denomina los no lugares –artefactos estructurales propios de la sobremodernidad, necesarios para el despliegue y acercamiento de todo el mundo de acontecimientos (espacios del anonimato)–.

Son tanto las instalaciones necesarias para la circulación acelerada de personas y bienes (vías rápidas, empalmes de rutas, aeropuertos) como los medios de transporte mismos o los grandes centros comerciales, o también los campos de tránsito prolongado donde se estacionan los refugiados del planeta (Augé, 1996: 40).

Al parecer, la potencia que adquieren los procesos de renovación urbana no sólo lleva a la fragmentación territorial, sino también a la fragmentación de los habitantes de la ciudad, pues estos siempre recurrirán a un elemento que es ajeno a su vivencia de la ciudad para dar cuenta de su relación con ella.

Retomando las consideraciones iniciales, lo anterior sugiere que si el espacio se encuentra afuera del sujeto, en una clara relación de contenido-continente, cualquier transformación urbana nunca será *suficiente*. Las grandes innovaciones, las enormes vías y los rápidos sistemas de transporte parecen negar que otros espacios se puedan crear en la ciudad, espacios acordes con las vivencias y necesidades subjetivas y colectivas. La ciudad no tendrá para sus habitantes un sentido más allá del dado por las transnacionales, y no se constituirá en condición de posibilidad para el despliegue de la subjetividad creadora.

A causa de la doble fragmentación, territorial y de la experiencia, se encuentra una suerte de *confusión*, caracterizada por mostrar que lo urbano se encuentra reducido al ámbito estructural, y que el espacio es externo al sujeto: pensar que el libro es creado por la reunión que en la tipografía se hace del cartón, las hojas y las tintas puede llevar a que el proceso creativo del autor se vea supeditado o negado por la estructura que lo contiene. Por ello, resulta necesario comprender el verdadero sentido de la “conciencia urbana”, tal como la denomina García Canclini (2003: 158) es decir, las formas de habitar en la ciudad, construirla y reconstruirla en los encuentros que hacen posible la vida cotidiana.

LA CIUDAD COTIDIANA

La importancia que adquiere la cotidianidad como estrategia para acercarse a la ciudad está dada en tanto permite visualizar aquellos espacios donde se juega con mayor fuerza la constitución de lo humano (Rey, 1987: 12), entramado de relaciones que diariamente viven los habitantes de las ciudades latinoamericanas.

Si bien la vida cotidiana suele ser comprendida como lo repetitivo, lo carente de sentido, es necesario recobrar el valor de lo cotidiano, pues se trata de un lugar privilegiado para abordar y comprender la relación sujeto-espacio. Siguiendo las reflexiones de Germán Rey (1987), la vida cotidiana debe dejar de ser vista como una realidad banal, pues es una herramienta fundamental para comprender los procesos a partir de los cuales se constituyen las subjetividades y el mundo de lo social.

Esta condición de la cotidianidad, como vía de acceso fundamental a los procesos por los cuales emergen las prácticas de encuentro e intercambio, llevó a Agnes Heller a denominarla “la realidad por excelencia”, pues es “la vida del hombre entero, o sea: el hombre participa en la vida cotidiana con todos los aspectos de su individualidad, de su

personalidad. En ella se ‘ponen en obra’ todos sus sentidos, todas sus capacidades intelectuales, sus habilidades manipulativas, sus sentimientos, pasiones, ideas, ideologías” (Heller, 1970: 39). La vida cotidiana hace referencia a los procesos por los que se crean (ponen en obra) y se despliegan los mundos de vida, con el fin de resignificar la relación con el entorno y todas las parcelas vivenciales que lo componen: familia, trabajo, escuela, pareja. La vida cotidiana es, pues, el lugar donde se intercambian y a la vez se negocian los sentidos dados al entorno y a sí mismo; es el lugar en el que se hace posible la espacialidad humana. Y así como los espacios creados a partir de los mundos de vida no se limitan a lo arquitectónico, igualmente los referentes a partir de los cuales se narra la vida cotidiana no se hallan constreñidos a las condiciones físicas, medibles y estructurales de la ciudad. La cotidianidad no se reduce a las formas de relación con la ciudad sugeridas por las políticas urbanas; la vida cotidiana no es solamente un reflejo del deber ser. La vida cotidiana “pasa a tener un lugar destacado, porque el foco analítico está centrado en lo cotidiano compuesto por las palabras de prácticas cotidianas, que pueden ser leídas en el trabajo y fuera de él, en las formas de vivir, de habitar, de ser, de realizar actividades creadoras, de producir, en el sentido más amplio, de condiciones en las cuales las actividades se reproducen a sí mismas, donde comienza y recomienza la vida que se transforma por modificaciones graduales” (Egler, 2005; traducción propia).

Son los múltiples sentidos construidos en torno a la ciudad los que, por fortuna, distorsionan las pretensiones homogenizadoras y obligantes propuestas por las políticas urbanas; los que evidencian que la vida cotidiana se compone de “pequeñas fibras que constituyen la trama de la pantalla que de lejos parece invisible; son los pequeños remiendos, la espuma de los días, los detalles de las estrategias, el ‘ruido’ en los mensajes, lo infraconsciente en relación con lo consciente, la desviación imprevisible en relación con la norma previsible” (Moles y Rohmer, 1983: 80).

Gracias a estas desviaciones, la ciudad es reconstituida y reconstruida, reestableciendo una correlación entre lo vivenciado y lo narrado. Se crean referentes identitarios que enriquecen el sentido histórico, económico o arquitectónico, nociones que comúnmente limitan la experiencia de habitar en la ciudad. La vida cotidiana hace posible la irrupción en los intersticios –en los márgenes de los grandes discursos sociales y económicos como la globalización– de formas novedosas de encuentro e intercambio, condiciones de posibilidad para pensar y proponer formas alternativas de gobierno, de economía y por tanto de desarrollo urbano (Egler, 2005). Intersticios, nuevos lugares de libertad, según los llaman Moles y Rohmer, que permitirán “reencontrar, en un

nivel de sensibilidad distinto, el contacto del hombre con su medio ambiente y los otros que están presentes en él; descubrir allí un perfume de libertad; encontrar lo que rompe las reglas y resurge –plázcales o no a los emisarios de lo social– del libe arbitrio, de lo no determinado” (Moles y Rohmer, 1983: 82).

Estos escenarios, muchas veces excluidos y puestos en los márgenes, permiten revalorar la relación de los habitantes de la ciudad con los *no lugares*. Una mirada juiciosa evidencia cómo estos espacios del anonimato adquieren, aunque sea por breves instantes, el estatuto de lugares. Si bien cada uno de estos espacios posee una función específica, unos objetivos y propósitos claros, la vida cotidiana que en ellos acontece los torna informales (sus reglas y normas se distorsionan). Emergen desviaciones que, si bien no niegan sus propósitos fundacionales, tampoco hacen posible describirlos a partir de ellos únicamente. Así como el centro comercial adquiere un sentido, también lo adquieren el estadio, los supermercados, el aeropuerto, los sistemas de transporte –Transmilenio, para el caso bogotano–. La medida de eficacia propia del mercado es puesta en entredicho; ya no regula recorridos, horizontes, perspectivas.

Asumir formas alternativas de ordenar, recorrer y significar la ciudad permite dejar de considerar, por ejemplo, a los centros comerciales como “espacios sin cualidades” (Sarlo, 1994: 15); el espacio se torna en lugar en tanto la vida que lo habita, la subjetividad, no se limita, como limitada es la estructura que cree contenerla. Las intenciones normalizadoras del ejercicio de habitar resultan inútiles; la vida cotidiana que se aloja en las estructuras de la sobremodernidad tiende a desgastar su función premeditada; el supermercado deja de ser –por lo menos para algunos– una “propuesta de cápsula espacial acondicionada por la estética del mercado” (Sarlo, 1994: 15). A los circuitos programados, oficiales, museísticos, paradigmáticos, se opone igual número de lugares de libertad, espacios espontáneos: “Cuando los individuos se acercan, hacen lo social y disponen los lugares” (Augé, 1996: 114).

¿Es tarea de los proyectos urbanos transformar no sólo formas sino también sentidos? Seguramente no es posible hacer de la realidad urbana una realidad normalizada y normalizante; lo urbano se encuentra distante de la naturaleza newtoniana y la búsqueda de los tres *principia* del mundo urbano resulta infructuosa. Lo urbano se niega a ser reducido a dos, tres, cuatro leyes. Lo urbano se caracteriza por ser incierto, móvil y fluido.

La condición de cualquier planteamiento normativo se refleja en una ciudad fragmentada, al servicio de las certidumbres demandadas por los mercados transnacionales. Pero sobre todo, supone una subjetividad fragmentada, que reduce la relación con la ciudad al ámbito de las certezas propias de los espacios privados; dificultad colectiva de reconocer un

mundo urbano que se extiende más allá de los refugios que protegen de la amenaza urbana: los otros. Subjetividad fragmentada para la cual la exterioridad es sólo velocidad: ritmo –no propiamente para danzar– sugerido por las nuevas estructuras; la ciudad no es ya el lugar para crear-espacios-con-otros, para construir nuevas formas de ciudadanía e interacción.

Por fortuna, lo urbano se resiste y trasciende la forma de concreto y emerge ahí donde irrumpen los lugares de libertad, intersticios para el encuentro y el intercambio de sentidos de realidad, en los que otras ciudades (mundos) son posibles. Las políticas urbanas, hasta el momento centradas en el ámbito de lo económico, deberán reconocer la “importância dos sujeitos, de suas práticas sociais e de sua capacidade criativa”, la “importancia de los sujetos, de sus prácticas sociales y de su capacidad creativa” (Egler, 2005; traducción propia).

A modo de conclusión se podría señalar, entonces, que lo urbano es la cotidianidad, lugar del sentido compartido, de la convivencia, vivencias de muchos en las que se reanuda la incesante tarea de estar juntos, crecer juntos, crear juntos; donde los muchos caminos, los de todos y cualquiera, se tornan posibles; zona donde la ciudad existe, vive, se crea y se apropia. Se trata entonces de recobrar esas otras voces que permiten pensar en nuevos “urbanismos”, que favorecen la posibilidad de crear-espacios-con-otros y de construir nuevas ciudades y ciudadanías.

BIBLIOGRAFÍA

- Alcaldía Mayor de Bogotá 2004 *Plan de desarrollo económico, social y de obras públicas Bogotá, 2004 2008* (Bogotá: Imprenta Distrital).
- Alonso, Ricardo 1999 *Ciudad para la memoria Virgilio Barco y la construcción de Bogotá* (Bogotá: Panamericana).
- Augé, Marc 1996 *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad* (Barcelona: Gedisa).
- Barrett-Browning, Elisabeth 1991 “Sonette aus dem Portugiesischen Übertragen von Rainer Maria Rilke. Englisch und Deutsch. Insel Bücherei”, N° 252. En <www.deutsche-liebeslyrik.de/fremd/barrett.htm> acceso 17 de junio de 2005.
- Bollnow, Otto Friedrich 1969 *Hombre y espacio* (Barcelona: Labor).
- Borja, Jordi 2002 *Ciudadanía y globalización* (Buenos Aires: Secretaría de Desarrollo Social).
- Ciccolella, Pablo 2004 “Ciudades del capitalismo global: *¿terra incognitae?* Nuevas relaciones económico-territoriales, nuevos

- territorios metropolitanos: reflexiones de casos iberoamericanos”, VIII Seminário da Rede Ibero-americana de Investigadores sobre Globalização e Território, Rio de Janeiro.
- Cuervo, Luis Mauricio 2003 “Ciudad y complejidad: los rumbos” en Giraldo, Fabio (ed.) *Ciudad y complejidad* (Bogotá: FICA/Ensayo y Error).
- Dorr-Zegers, Otto 2005 “La fenomenología del amor y la psicopatología” en *Salud mental* (Santiago de Chile) Vol. 28, N° 1.
- Egler, Tamara Tania Cohen 2005 “Espaço social e política urbana global”, mimeo
- Ekambi-Schmidt, Jézabelle 1974 *La percepción del hábitat* (Barcelona: Gustavo Gili).
- Falú, Ana y Marengo, Cecilia 2004 “Las políticas urbanas: desafíos y contradicciones” en Torres Ribeiro, Ana Clara (comp.) *El rostro urbano de América Latina* (Buenos Aires: CLACSO).
- García Canclini, Néstor 2003 “La ciudad espacial y la ciudad comunicacional: cambios culturales de México en los 90” en Bayardo, Rubens y Lacarrieu, Mónica (comps.) *Globalización. Identidad cultural* (Buenos Aires: Ciccus).
- Gualteros Trujillo, José Nicolás (ed.) 2006 *Itinerarios urbanos. París, La Habana, Bogotá: narraciones, identidades y cartografías* (Bogotá: Universidad Javeriana/Instituto PENSAR).
- Heller, Agnes 1970 *Historia y vida cotidiana* (México DF: Grijalbo).
- Ministerio de Desarrollo Económico de la República de Colombia 1996 *Ciudades y ciudadanía. La política urbana del salto social* (Bogotá: Tercer Mundo).
- Moles, Abraham y Rohmer, Elisabeth 1983 *Micropsicología y vida cotidiana* (México DF: Trillas).
- Rey, Germán 1987 “Las huellas de lo social. Interacción, socialización y vida cotidiana” en *Signo y Pensamiento* (Bogotá: Universidad Javeriana) Vol. VI, N° 11.
- Sarlo, Beatriz 1994 *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina* (Buenos Aires: Ariel).
- Veiga, Danilo 2005 “Desigualdades sociales y fragmentación urbana”, mimeo.

